

LA ELEGANCIA.

Modas de Señora.



En un salon elegantemente amueblado, y por cuyas entreabiertas persianas penetraba un agradable vientecillo, que traia en sus alas los perfumes de las diversas florecillas de un jardin próximo, estaban dos jóvenes como de 20 á 22 años, vestidas con esa sencillez que tan bien sienta á la juventud y que es un signo distintivo de buen gusto.

La primera, á quien llamaremos Emilia, vestia un elegante traje de casa, compuesto de un vestido de piqué fondo blanco, con florecitas *chiné*; este vestido, de hechura *princesa*, estaba adornado con una hilera de botones y con dos grandes rizados de tafetan azul que partian desde los hombros, y llegaban hasta el bajo de la falda. Un cuellecito de muselina bordada, y unas mangas con puños vueltos, completaban este sencillo al par que elegante traje. Una redecilla-cadeneta de cordoncillo azul, sujetaba los rubios cabellos de la linda joven.

La segunda, á quien llamaremos Luisa, llevaba un vestido de muselina de seda, fondo perla, con cuadritos formados por listas negras, y en medio de cada uno de ellos un ramito de flores; la falda de este vestido, que tenia bastante vuelo, estaba adornada en sus dos tercios inferiores con diez volantitos ribeteados con tafetan verde; encima de la costura de union del último, llevaba un gran rizado de tafetan; el cuerpo, de hechura de peto, estaba adornado con un volante que formaba una berta puntiaguda, y las mangas, anchas por su parte

— 2 —

inferior, y semi-ajustadas en la superior, terminaban por dos volantitos semejantes á los de la falda. Un paletôt de seda negra, semi-ajustado al talle, y con anchas solapas, y mangas, y un sombrero de paja de Italia, adornado con flores campes- tres, completaban este lindo traje, muy á propósito para *visi- tas de confianza*.

Ahora que yá sabemos los trajes que llevaban nuestras ami- gas, no tenemos mas que escuchar su conversacion, y ella nos suministrará abundantes noticias para nuestra revista porque como conversacion de jóvenes elegantes versaba en su mayor parte sobre modas.

—No podrás quejarte de mi exactitud, dijo Luisa; á las 5 recibí tu carta, y apenas concluimos de comer me vesti y vine á verte.

—Y yó te agradezco mucho tu exactitud porque cuento con tu auxilio para salir de un apuro, respondió Emilia.

—Sabes que mi mayor gusto és complacerte. Veamos de lo que se trata; casi estoy por asegurar que deseas consultar mi opinion acerca de la hechura de algun vestido ó del adorno de un sombrero, que para nosotras és un asunto de gravedad.

—No te equivocas; yá sabes que dentro de quince dias emprendemos nuestro viaje á Panticosa, porque el pobre Eduardo está cada dia peor; y nuestro médico le ha aconseja- do que vaya á tomar aquellas aguas; mamá quiere acompa- ñarle y por consiguiente yó tambien voy con él. Necesito por lo tanto preparar mi equipaje, y para ello hé contado con tu amabilidad: tú que has estado en Panticosa podrás darme al- gunas noticias útiles, porque yá sabes que no me gusta hacer un papel ridículo.....

—No me seas hipócrita, exclamó Luisa sonriendo: lo que tú quieres és trastornar con tu belleza y con tu buen talento á los bañistas de Panticosa.

—¡¡Maliciosa!!

—En primer lugar te diré que para Panticosa necesitas ropas de abrigo, pues las nieves no desaparecen nunca de aquellas montañas. Necesitas tambien uno ó dos trajes elegantes....

—Tanto mas cuanto que pienso ir despues á Santander, adonde segun dicen irá tambien la Corte. Yá habia pensado en eso, y como mamá és tan buena que paga sin regañar las cuentas de la modista, hé mandado hacer un vestido de baile, que me parece te gustará.

—¿Te le han acabado yá?

—No; pero hé tomado por modelo la primera figura de la lámina que vino en *La Elegancia* del día 23.

—¿Aquel de gasa azul China? Te sentará admirablemente: és un color muy bonito y está adornado con mucho gusto. En aquel momento llamaron á la puerta.

—Adelante.

—Señorita, dijo una jovencita de 16 á 18 años, ahí está la modista.

—Que entre: me habia olvidado decirte, prosiguió Emilia dirijiéndose á su amiga, que he citado á la modista á esta hora para que estuvieses tú y decirle cómo ha de hacer los vestidos que te enseñé ayer.

Presentóse la modista, y despues de saludar á nuestras amigas, dijo:

—Sin duda la señorita se marchará de Madrid y querrá ahora hacerse algunos vestidos; eso me sucede con casi todas mis parroquianas, así que estamos muy apuradas porque todas quieren sus trajes en seguida.

—Yó la doy á V. trece dias de término, porque tenemos tomados los asientos para dentro de quince.

—Pues en trece dias se pueden hacer muchas cosas.

—Corriente; vamos á ver que hechuras están mas en moda, qué adorgos se llevan mas; díganos V.

—Ante todo és necesario saber de qué son los vestidos.

—Voy á enseñárselos á V.

Emilia salió de la habitacion, y un momento despues volvió con tres cortes de vestido, que presentó á la modista y que esta examinó cuidadosamente, diciendo despues:

—Este de piqué, que sin duda destinará V. para traje de campo ó de mañana, nos dará bastante que hacer porque és necesario bordar en el bajo una greca, con trencilla blanca ó azul.

—Prefiero blanca; ¿y la hechura?

—Puede hacerse *princesa*, ó con cuerpo adornado con trencillas, imitando chaquetilla zuava.

—¿Cual te parece mejor, Luisa? preguntó Emilia.

—Figurando zuava; esa hechura és mucho mas elegante y nueva; los vestidos *princesa* ván generalizándose demasiado.

—Yá lo oye V., zuava.

—Bien; pondremos tambien bolsillos en la falda, y al rededor un dibujito con trencillas; és lo mas elegante.

—Corriente. Este otro de gasa Chambery á cuadros azules y blancos, le adornaremos en el bajo con tres volantes.

—Si, respondió Luisa; pero los volantes deben llevar en su terminacion una blondita blanca.

—Desde luego, respondió la modista. ¿Y el cuerpo? ¿Le quiere V. redondo ó de peto?

—De peto y ligeramente escotado en forma de corazon; pero hemos olvidado que encima de los tres volantes debe llevar otros tres formando ondas y adornados con lazos de cinta.

—Si, porque de lo contrario, dijo Emilia, estaria muy pobre la falda. Y ¿las mangas?

—Anchas y abiertas, exclamó Luisa; és lo mejor para esta época.

—Bueno; pasemos ahora á ver este otro, continuó la modista; este és de tafetan gris *chiné* y tiene florecitas de colores. Pudiera adornarse con pasamanería, pero ese adorno es demasiado pesado para verano.

—Yó que tú, dijo Luisa, le haria poner quince volantes ribeteados con tafetan color violeta.

—Estaria muy lindo, pero tenemos tan pocos dias.

—Yá hará V. un esfuerzo por darme gusto.

—Trabajaremos dia y noche por complacer á V. El cuerpo supongo que le querrá V. alto y cerrado.

—Si.

—Y ¿las mangas? Hay tantas variedades de ellas.

—¿Cuales son las mas en moda?

—Las muy anchas y con vuelta hácia el codo.

—Bien, pues hágalas V. de esa manera.

—Quedamos conformes; mañana vendré á probarla á V. el vestido de baile.

—Venga V. á la una.

—Adios, señoritas.

Nuestras jóvenes quedaron solas.

Un momento despues se dirijieron al gabinete de tocador de Emilia, la cual comenzó á enseñar á su amiga los sombreros que tenia preparados yá y que eran tres: uno de pajaburga, adornado exteriormente con una guirnalda de rosas-rey, é interiormente con unas carrilleras de blondá y un *bandó* de las mismas flores. Otro era de crespón blanco rizado, adornado con una gran pluma y un velito de blondá; interiormente *bandó* de flores campestres.

Y finalmente, un sombrero de campo, con alas hacia arriba, ribeteado con terciopelo negro y adornado con plumas negras y azules.

Después de examinar con detención aquellos sombreros, y de ver varios cuellos y mangas, cuya descripción nos llevaría mucho tiempo, Luisa se despidió de Emilia quedando citadas para ir juntas al día siguiente á proveerse de esos objetos de tocador tan necesarios cuando se sale de Madrid, y que no se encuentran en las pequeñas poblaciones.

EMILIA S. *



UN CONTRABANDISTA.

Por las mas ásperas cúspides
que tiene Sierra-morena
va caminando un mancebo
sobre corpulenta yegua.
Cine en redor de la frente
rico pañuelo de seda,
que cubre en parte los rizos
de su negra cabellera.
Un sombrero calañés
este pañuelo sujeta,
casi tendido hácia un lado
con graciosa ligereza.
Un marsellés primoroso
sobre los hombros ostenta,
guarnecido de clavetes
de plata bruñita y tersa.
En su delgada cintura,
como tallo de azucena,
cine la preciosa faja
que le bordára su bella.
Angosto calzon de punto
cubre su robusta pierna,
que con botones dorados
hasta la rodilla cierra.
Lleva prendido en el cuello
otro pañuelo de seda,
que recogido en mil pliegues,
con un anillo sujeta.

Manta fina de colores,
rica como chal de Persia,
descansa sobre los lomos
de la rozagante yegua,
y arrastrando van los flecos
por la desigual arena.

Un trabuco naranjero
sobre la derecha lleva,
dispuesto siempre á tronar
si el enemigo le cerca,
defendiendo el contrabando
en las ancas de su fiera.

Un rojo habano encendido
entre los dedos estrecha,
y al oprimirlo en los labios
esparce blanca humareda
que se pierde en el espacio
como la naciente niebla.

Hace rato que camina
por montes, riscos y breñas,
y en el trote desigual
su cintura balancéa.
Parece como embargado
de alguna súbita idea,
según sus negras pupilas
agitadas centellean.

Midiendo vá con la vista
el terreno que le queda,

pues quiere antes de la noche
ver una cara morena
que le aguarda cuidadosa
y en llanto estará deshecha,
si pronto no llega al punto
donde la cita le diera;
mas como buen español
que canta cuando mas pena,
vá entonando por lo bajo
andaluza cantinela
que esplica bien de su pecho
la pasion que le atormenta.

«Por tí, hermoza Zoleá,
peazo é miz entrañaz!
voy yo por eztaz montañaz
abrazao é calor:

Y sin temesle al rezguardo
corro en mi fogaза yegua
una legua, y otra legua
por ver tu cara é flor.

Mas cuando llego á mirarte
con tú corpiño bordao
no ze ziquiera zi he andao
ó zi el aire me ha traio.

Puez con ezos faralares
y eza mentilla é razo
cuando te miro me abrazo
y caigo dezvanesio.

¡Bendito zéa eze garbo,
y eza carita é cielo
que cuanto maz la diquelo
mas me gusta ¡puñalá!

Zi algun gaché te camela
y lo llegó á zabé yó,
por via del otro Dió,
que ze prevenga á volá....»

Cantando sigue el mancebo
y al compás aguijonéa
á su vegua, que al sentirlo,
camina con doble fuerza,
aunque la fatiga el sol
de la abrasadora siesta;
mas paróse en un recodo
donde termina una sierra,
cubierta de tanto escollo,
de tantisima maleza,

que al cansado caminante
apenas el paso deja.

«¡Animo! le gritó el jóven,
¡ánimo, valiente fiero!
ó zi no vaz á obligame
á enzaagretar las ezpuelas!
tú que zaltaz tooz loz rioz,
tú que brincaz en laz cierraz
y zabez poner loz piez
en un deo de veréa,
¿cómo azi vaz á etenerte
por cuatro matajaz zecas?....

La yegua siguió parada
aguzando las orejas,
como diciendo á su amo,
«el resguardo nos acecha...»
Y así fué, pues al momento
estallando una tormenta
de tiros, por todos lados
al contrabandista cercan:

«¿Qué ez esto . Dios poreozo?»,
gritó el jóven con voz fiero.

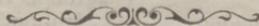
—Que te entregues, contestaron,
á las fuerzas de la Reina.

—Yo entregame ¡Jezucrizto!
cuando no tenga cabesa
lo conzeguireiz, ¡cobardez!
Vuestra traision no me aterra,
hay vá eza poca metralla
que oz envia-Curro en prenda.

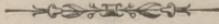
Dijo, y disparó el trabuco
y saltando á una vereda,
se echó por un cerro abajo,
abandonando la yegua,
que dió un brinco, y de su amo
seguió rápida la huella
burlando así de los guardas
la sutil estratagemá.

Amo y yegua por la noche
se hallaban en una venta,
donde seis contrabandistas
y una andaluza morena
escuchaban aterrador
el lance que Curro Ortega
les contaba sonriendo
sin alteracion ni pena.

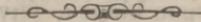
ROGELIA LEON.



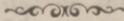
DESCRIPCION DE LA HOJA DE BORDADOS.



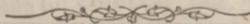
- N.º 1. Cuello y puños bordados á punto de posta y minuto.
- N.º 2. Pañuelo, bordado de aplicacion.
- N.º 3. Zapatitos bordados con trencillas , á propósito para niño de pecho.
- N.º 4. CELINA, gótica , á realce.
- N.º 5. Entredos á feston.
- N.º 6. Medallon para pañuelo, bordado á realce.
- N.º 7. EVELINA, gótica, á realce.
- N.º 8. Tira ancha para volante, bordada á feston.
- N.º 9. AMELIA, gótica á realce.
- N.º 10. Tira á feston, punto de rosa.
- N.º 11. VICTORIA, inglesa á realce
- N.º 12. Tira á feston y punto de rosa.
- N.º 13. Medallon para pañuelo, á realce.
- N.º 14. Tira ancha para manteleta, bordada á feston.
- N.º 15. Entredos bordado á la inglesa.
- N.º 16. M. A. H., góticas bordadas á realce.



DESCRIPCION DEL PATRON.



El que repartimos con nuestro número de hoy , és de un cuerpo con puntas y mangas adornadas con volantes y rizados. Consta de delantero, espalda y costadillo. En el patron de las mangas están indicados los sitios en que deben colocarse los rizados y volantes, de los cuales unos son del mismo color que el vestido con filete de un color fuerte , y otros del mismo color que el ribete.



DESCRIPCION DEL FIGURIN.

PRIMERA FIGURA.—Vestido de *barege*, color gris, cuya falda está adornada con seis volantes, cada uno de los cuales lleva en la parte superior un rizado de tafetan color de grosella. Cuerpo escotado en forma de corazon, y con peto abierto, adornado con rizados semejantes á los de la falda; mangas anchas, terminadas por un volante y dos rizados. *Marie Antoinette* de muselina blanca con dos volantes. Mangas de muselina, con puño ajustado. Sombrero de paja de arroz, con bavolet de tul negro; al lado exterior del ala lleva un manojó de espigas y una amapola. Interiormente carrilleras de blonda blanca y guirrada de espigas y amapolas. Cintas negras.

SEGUNDA FIGURA.—Vestido de muselina blanca, cuya falda está adornada en el delantero con una hilera de *macarons* azules. A partir desde las caderas, lleva un rizado de tul, colocado sobre una tira de gró azul, que dá vuelta por detrás á la falda, figurando una larga túnica. Cuerpo alto y de talle redondo, adornado con *macarons* iguales á los de la falda. Mangas muy anchas. Manteleta de tela igual á la del vestido, adornada con un volante, y sobre él un rizado igual al de la falda. Sombrero de *crespon* blanco, cuya ala está adornada al lado izquierdo con dos escarapelas de pluma que sujetan un lazo de encaje. Interiormente carrilleras de blonda y *bandeau* de grosellas y hojas verdes. Cintas blancas.

FRANCISCO DE ALVARO.

Editor responsable, D. Domingo Lasa.